

Germán Carrillo, Universidad de Murcia, España.

***Consideraciones teóricas e históricas acerca de las contradicciones de la economía global y la emancipación de la economía social.***

El movimiento obrero organizado colectivamente ha sido considerado a la luz de la historia del socialismo el vehículo de transformación social por excelencia. Es terreno común partir de la secular contradicción entre capital-trabajo como proyecto político cuyo fin debe ser la superación de la “dominación del capital sobre el trabajo” a través de formas organizativas “en las que los trabajadores asociados controlen colectivamente su propio tiempo, su propio proceso de trabajo y su propio producto”. Sin embargo, como afirma Harvey, “la larga historia de intentos de crear alguna alternativa de ese tipo (mediante cooperativas obreras, la autogestión, el control obrero y más recientemente las economías solidarias) sugiere que esa estrategia solo puede encontrar éxito limitado.” ¿A qué obedece esta condición? La persuasiva respuesta que ofrece es deliberadamente metodológica: la contradicción capital-trabajo no es más que una de las “demás contradicciones del capital” (Harvey, 2014:66). Partiendo de esta premisa, en primer lugar, pretendo esclarecer la naturaleza de las principales contradicciones del sistema capitalista actual. La objetivación de las perturbaciones de la economía global, esto es, de la economía política, ofrece una visión en la que la economía social y en términos generales las opciones sociales de las organizaciones colectivas en la construcción de una economía del “bien común” (Tirole, 2018) son mutuamente interdependientes. Esto es, sugiero que no podemos interpretar la economía social de forma independiente, aislada, del análisis de la economía política. Segundo, para llevar a cabo dicho análisis me he servido de la sugerente incitación del pensamiento hirschmaniano consistente en transgredir la tradicional consideración que restringe la ciencia económica al estudio de las “preferencias de primer orden”, esto es, el

intercambio de bienes y servicios, quedando relegado, por otro lado, a “psicólogos, sociólogos y antropólogos” la tarea de “tratar los complejos problemas” subyacentes de las “opciones observables en los mercados” (Hirschman, 1985:8). Como señaló hace medio siglo Maurice Dobb, no podremos responder a las principales preguntas referentes al desarrollo económico si no suprimimos el *locus* de la economía neoclásica incapaz de transgredir la frontera entre los factores económicos y los factores sociales (Dobb, 1948), a los que hoy debemos incluir sin la menor duda los factores ambientales.